

LA NOVELA LA VIVIDA

EL ASESINATO DE CANALEJAS



LA NOVELA VIVIDA

Crímenes célebres. Luchas políticas. Aventuras trágicas. Viajes extraordinarios. Sucesos misteriosos. Errores judiciales.
——— Figuras extrañas ———

El asesinato de Canalejas

DOCUMENTACION

CENTRO DE

AEP - CDHS
BARCELONA

65 - 078313111

12367

PRENSA MODERNA

APARTADO 8012.

MADRID

BARCELONA

Lea Vd.

LOS JUEVES

Los novelistas

30 CTS.

LOS SÁBADOS

EL TEATRO

50 CTS.

AVENTURAS

50 CTS.

LOS DOMINGOS

El Sheriff

30 CTS.

Pida folleto explicativo de
suscripciones con regalos

Solicite catálogos

IN MEMORIAN

La prematura muerte de don José Canalejas y Méndez, a la sazón de aquel año de 1912 presidente del Consejo de Ministros, fué una pérdida irreparable y trascendente para la nación, no tan sólo desde el punto de vista político, sino por ser el señor Canalejas uno de los más firmes y grandes valores intelectuales de España.

Su talento excepcional, su gran cultura, su elocuencia y sus grandes dotes de gobernante, están en la memoria de todos los españoles; ante la realidad de todo esto, fuvieron al fin que rendirse sus enemigos, tantos cuantos eran sus envidiosos.

No creemos, pues, necesario, ni lo estimamos propio de esta modalidad de novelas informativas, hacer una biografía suya; pero si hemos de rememorar los hechos más salientes de sus actos como presidente del Consejo de Ministros, alguno de los cuales tal vez influyera en la fatal resolución de los que armaron el brazo autómatá de su asesino.



La política española, a partir de los desastres coloniales, atravesaba una gran crisis de hombres públi-

cos, pese a la existencia de tantos famosos oradores parlamentarios de positiva cultura y de evidente buena fe que relumbraban con los destellos de su inteligencia desde el banco azul a los señores de las Cortes; pero que positivamente no eran gobernantes.

Pocos meses antes de la tragedia que es objeto de este trabajo, ocupaba la Presidencia del Consejo don Segismundo Moret, que a la sazón hallábase veraneando por Suiza. Un día corrió el rumor de que el señor Moret había sido víctima de un grave accidente de automóvil. El autor de esta NOVELA VIVIDA, repórter político de un diario de la noche, fué a visitar a una personalidad que le unía amistad íntima con el presidente para aclarar la noticia, y en el curso de la conversación, se habló de la persona que podría sustituir a don Segismundo en la jefatura del partido y en la presidencia del Gobierno.

—No veo quién pueda ser—decía el personaje liberal.

—Creo—repuse yo—que la realidad lo señala bien claramente: don José Canalejas. Es el indicado, el único.

—¡Quién piensa en eso!—exclamó—. Aún falta mucho, porque Canalejas no tiene partido; sólo media docena de amigos. Ya ves, ni siquiera los bastantes para constituir un Gabinete.

Citamos este hecho para que se vea cuál era el aislamiento político en que se encontraba el señor Canalejas, cuando, pasado apenas un mes de esta escena, efectivamente fué encargado de formar Gobierno.

Desde el primer momento, la gran figura política del ilustre demócrata adquirió formidable relieve. A los

pocos días, vencidas por la realidad ambiciones y envidias, el partido liberal en masa se agrupó en su torno y pudo gobernar, función que no realizaban desde mucho antes ninguno de los que ocuparon el Poder, pese, como decimos antes, a sus grandes talentos parlamentarios y a su indudable buena voluntad.

Uno de los actos de gobierno que más hicieron resaltar las dotes especiales del señor Canalejas fué su enérgica actitud frente a la huelga ferroviaria. El decreto llamado del "brazalete" acabó con el estado de cosas, que era realmente funesto para la nación.

¿Influyó esta actitud del jefe demócrata en su sentencia de muerte? No algo, mucho se habló entonces acerca de este interesantísimo punto. En los corros de comentaristas que formaban los grupitos del salón de Conferencias del Congreso y del Senado, y aun en la misma Prensa, se hicieron grandes comentarios acerca de las causas determinantes del asesinato del señor Canalejas y de las personas o personalidades que tomaron o pudieron tomar parte, indirectamente o por inducción, en aquel crimen tan injusto.

La justicia de los hombres quedó aplazada, porque se interpuso inmediatamente la justicia de Dios.

PRIMERA PARTE

UN ANARQUISTA DE ACCION

I

Un espíritu rebelde y aventurero.

En un pueblecito de la provincia de Huesca, llamado El Grado, perteneciente al partido de Barbastro y al que baña el río Cinca, vivía una modestísima familia, compuesta por el padre, llamado Pedro Pardiñas; su mujer, Vicenta Serrato, y dos hijos, Manuel y Angel. Condenados todos al rudo trabajo campesino, pero dotados los hijos de un espíritu rebelde y aventurero, bien pronto, en cuanto supieron leer y escribir, pensaron en abandonar el pueblo natal y emigrar a Francia, donde podrían hallar mejor acomodo en su oficio. Angel fijó su residencia en Burdeos, y Manuel desapareció por entonces, reapareciendo más tarde en Zaragoza, cuando apenas contaba diez y siete años, o sea en el de 1903, pues el tristemente célebre protagonista de este suceso había nacido el día 1 de enero de 1886.

Manuel, mucho más que Angel, tenía en su espíritu



—¿Por qué no te echas una novia?—decíanle Emilio y Emilia.

un sedimento de fuerte rebeldía. Taciturno y reconcentrado, sentía en su alma anhelos y ansiedades extrañas. Gustábale la soledad y la meditación, alimentando su cerebro, positivamente enfermo, con lecturas poco recomendables de periódicos y folletos ácratas. Pero todo ello hacía en la soledad de su casa, en las horas que dejábale libre el trabajo y en las cuales todos los compañeros de su edad buscaban distracción y esparcimiento en paseos y bailes con las muchachas y por el amor.

Solamente trabó amistad con un compañero de trabajo, pintor decorador como él, llamado Emilio Corona, el cual vivía en compañía de su mujer, Emilia Ferrer.

—¿Por qué no te echas una novia?—decíanle Emilio y Emilia de cuando en cuando, al verle tan solitario y ensimismado—. Eso te quitaría esa morriña que te ahoga y que es impropia de un muchacho de tu edad.

—No. ¿Quién piensa ahora en noviazgos? El amor es la Corte de los enemigos del alma: Mundo, Demonio y Carne. Yo tengo ansia de correr mundo, de aprender muchas cosas que ignoro y cuyas raíces las siento aferradas a mi pensamiento y enroscadas a mi voluntad.

—Vamos, hombre. Eso son locuras...

Un día, sin despedirse de nadie, apenas cobrado el jornal de la semana, Manuel desapareció de Zaragoza, sin que sus amigos, aquellos sus dos únicos amigos, supiesen adónde se había dirigido.

El anarquista Serrató.

Pasaron unos años. Manuel Pardiñas había marchado directamente desde Zaragoza a Barcelona, y en la ciudad condal hubo de hallar solar adecuado sobre el que levantar el edificio de rebeldía de su espíritu sobre los cimientos de aquellos anhelos y ansias de vida extraños y desbordantes.

No hay que olvidar que en aquella época, y aun bastante antes y hasta muchísimo después (1924), la hermosa capital catalana, cuna y emporio de la industria nacional, era, al propio tiempo, y por serlo precisamente, cuna y corte del anarquismo y el sindicalismo anarquizante. En Barcelona concentrábanse los "indeseables" de todo el mundo, los cuales eran guía y fatales maestros de un puñado de locos y desesperados. Allí cursábanse, valga el símil, los estudios primarios y elementales del anarquismo, cuyos estudios superiores se realizaban en los grandes centros obreros franceses, tanto del Mediodía como de la propia capital de la vecina República.

Pardiñas, hechos ya los estudios superiores, exaltado su espíritu por el veneno de las teorías anarquista,

quedó en disposición de doctorarse. Sus amigos y reuniones en París fueron maestros y cátedra. De anarquista teórico pasó a anarquista de acción.

Todo esto lo sabía, naturalmente, la Policía francesa, y ello determinó su primera expulsión del territorio de la República, marchando a la República Argentina, buscando y encontrando trabajo de su oficio en la gran metrópoli americana de Buenos Aires.

Varios meses pasó allí, realizando algunos viajes a los Estados Unidos, Méjico y otras Repúblicas, tornando a la capital argentina, en la que volvió de nuevo a establecerse.

Asistía allí a reuniones de los elementos ácratas. La Policía estudió y analizó el carácter, temperamento e ideas de tal español, lo halló demasiado peligroso por su exaltación extraordinaria, y el Gobierno de aquel país decretó la expulsión de éste y otros anarquistas de acción.

Ocurría esto hacia el año de 1910. Manuel Pardiñas, a quienes conocían ya las Policías de todo el mundo con el nombre de Serrató, fué embarcado para Europa, dirigiéndose de nuevo a España. Y en nuestro país, entró después de una breve pero bien aprovechada estancia en París, donde renovó amistades y relaciones y donde tal vez recibiera instrucciones y órdenes reservadas encaminadas a la demostración de sus cualidades y méritos dentro de la organización anarquista internacional.

Pardiñas trabajó en las obras del Palace Hotel.

Entretanto, Emilio Corona y su mujer se habían trasladado a Madrid. El trabajaba en las obras del edificio del Hotel Palace, en su oficio de pintor decorador.

Un día, yendo por la calle, se le acercó un individuo, cuya fisonomía, aun no siéndole totalmente desconocida, no se le representaba en su memoria con los complementos de nombre, profesión y lugar de conocimiento.

Tratábase de un mozo de regular estatura, con bigote rubio, pelo largo, lacio; ojos pardos, labios gruesos, con rictus duro y enérgico. Su traje, algo más que de obrero y menos que de señorito. Su edad frisaba en los veinticuatro años, aunque aparentaba algo menos, dado su tipo.

—¡Emilio!—dijo tocándole en el hombro—. ¿Qué es eso? ¿No me conoces ya?

Quedósele el interpelado mirando de hito en hito y contestó:

—Me parece recordar sus facciones; pero, la ver-



—¿No te acuerdas que estuvimos trabajando juntos en Zaragoza?

dad, no caigo en este momento dónde ni cuándo nos hemos conocido, y por tanto, no sé quién eres.

—¿No te acuerdas que estuvimos trabajando juntos en Zaragoza? Yo soy del oficio...

—Ahora creo que voy recordando... Pero el nombre...

—Manuel Pardiñas. Me marché de allí y he recorrido medio mundo. ¿Dónde trabajas?

—En las obras de un gran hotel, ahí en la Carrera de San Jerónimo. ¿Y tú, qué haces ahora?

—Pues nada. Acabo de llegar del extranjero y busco acomodo...

—¿Sigues tan melancólico como siempre?

—¿Qué quieres? Es mi carácter. Mis aficiones son los periódicos y algunos libros. ¿Me podrás recomendar a tu maestro para que me dé trabajo?

—Desde luego. No sé si habrá plaza, pero por decirselo, y con todo interés, no ha de quedar.

Al ltmes siguiente, Manuel Pardiñas trabajaba en aquellas obras, hospedándose en la casa de su antiguo amigo y compañero.

Poco duró también aquella estada. A los dos meses escasos, o sea en uno de los primeros días del de junio, Pardiñas se marchó de nuevo, diciendo que iba a Burdeos a reunirse con su hermano.

Emilio le acompañó a la estación y le despidió amistosamente. La casa en que vivía el matrimonio y de la que había sido huésped durante su estancia en Madrid el anarquista Serrató es la señalada con el número 3 de la calle de Carlos Rubio, en el barrio de Bellas Vistas.

IV

Barcelona, Burdeos, Paris, Marsella, Cuba y regreso.

Otra vez, tras su espíritu aventurero y rebelde, se alejó de España Manuel Pardiñas, dirigiéndose a Barcelona, Burdeos y París. La Policía española le seguía de cerca, de acuerdo con la francesa, y la vida, por la vigilancia a que le tenían sometido, hacía-sele muy difícil, sobre todo si había de desarrollar sus planes con arreglo a sus ideas demoladoras.

Trasladóse Manuel a París desde Burdeos, seguido de cerca por un policía español, llamado Armiñán, que tenía el encargo de vigilarle, y fué tal la habilidad y tacto con que este funcionario desempeñaba su misión, que, fingiéndose anarquista, llegó a ser su confidente y amigo. Por momentos iban acentuándose en su carácter las características de exaltación. Era cada vez más reservado y taciturno. No alternaba con nadie, sino con sus camaradas ácratas, y eso muy de tarde en tarde. Su única distracción la constituían por entonces unos amores que absorbían la mitad de su pensamiento. Y aun esos amores no eran normales, sino irregulares, toda vez que la única mujer que lograra

hacer vibrar su corazón estaba casada y se llamaba Pilar.

¿Cómo se iniciaron y desarrollaron tales amoríos? Nadie lo pudo puntualizar; pues, dada su reserva, ni su propio hermano, ni el señor Armiñán, su confidente, lograron jamás arrancarle una palabra. Eso sí, no negaba la gran pasión que sentía por aquella mujer, también española, cuyo retrato llevaba constantemente en su cartera y exhibía sin inconveniente alguno a sus más íntimos.

Desde Burdeos, como indicamos más arriba, se trasladó a París, para ver si lograba sustraerse a la constante vigilancia de la Policía. Su hermano Angel también se fué a vivir a París, instalándose ambos allí, y como la vigilancia continuase, decidió emprender un nuevo viaje a América, con dirección a la República cubana.

¿Qué hizo allá Pardiñas el tiempo que duró su estancia? He aquí otra laguna más de su vida. La Policía española perdió su pista, que era, sin duda alguna, lo que él trataba de conseguir con aquella nueva excursión a través del Atlántico.

.....

Uno de los barcos que hacen el transporte de pasajeros desde la Habana al hermoso puerto de Santander, estaba a punto de entrar por el mar, frente al Sardinero, cruzar ante Piquío y atravesar la bocana de la península de la Magdalena, acoderándose en el amplio muelle que sirve de marco al lindísimo paseo de Pereda.

Sobre la borda, ansiosamente mirando a la costa, que de punto en punto se agigantaba, venían dos muchachos. El uno, ya descrito y retratado, era Manuel Pardiñas; el otro, más joven aún, llamado Julio, era hijo de montañeses, y en la ciudad de Santander le aguardaban sus padres y hermanos. Más de una vez, en esos largos días de la travesía, en que los pasajeros de un mismo barco, más que ciudadanos de una ciudad flotante, son como hermanos de una misma familia. Julio había contado su historia a Manuel, y a medida que a la Patria se iba acercando el buque, mayores eran sus ansias y más avivábase el fuego sagrado del amor al hogar y a la familia.

—Mi padre es muy bueno—decía Julio—. Y mi madre una santa. Tengo, además, una hermana, Balbina le pusieron de nombre, que, no es porque yo lo diga, pero no hay otra tan hacendosa, ni tan honesta, ni tan cariñosa con todos los de casa. Feliz ha de hacer al hombre que con ella se case.

Estas palabras, como todas cuantas en igual sentido suenan en el oído de un muchacho, tienen siempre misteriosas vibraciones en el corazón. ¡Cuántos noviazgos se cimentaron en un elogio y cuántos hogares se crearon al calor de admiraciones imbuídas por ellos! ¿Qué papel juega en estos casos el verdadero amor? Apenas el de un racionista en aquella comedia humana que tantas veces termina en tragedia. Porque el amor es un niño caprichoso, ineducado, que no atiende a reflexiones ni consejos, ni repara en bondades ni en virtudes, ni en educaciones ni en caracteres. Es como el huracán, que, sin saber por qué ni cómo, azota a su capricho un árbol, y derriba una casa, y levanta al

mar en olas de muerte, y hunde un buque, y que, trocado en manso, empuja las velas que llevan el barco a su destino, renueva la atmósfera, deja libre de nubes al rey Sol y a todos da vida, salud y alegría.

Los espíritus exaltados son más propicios a dejarse llevar del huracán, que desafían, engañados con su propio engaño, viciados con su propio vicio. Manuel Pardiñas, cuya alma era ya tempestad eterna, había de impresionarse más vivamente.

Y apenas desembarcados, hechas las presentaciones de rigor, Balbina clavó sus ojos bellos en aquel misterioso personaje que con su hermano venía de recorrer el nuevo mundo. También el alma femenina, muy parecida al mar, encuentra más poesía, más atractivos para su sensación, en la tempestad que en la bonanza, en el mar embravecido y misterioso que en la clara y serena paz de la llanura castellana.

Poco tiempo duraron aquellas relaciones improvisadas, que, por otra parte, habían de alimentar su fuego en unas cuantas cartas cruzadas; porque dos o tres días más tarde del desembarco, Pardiñas emprendía de nuevo su ruta y llegaba a París, hospedándose en la casa de su hermano, situada en el Boulevard Grenelle.

Pronto la Policía francesa dióse cuenta del regreso del anarquista Serrató y reanudó su vigilancia, para evitar que cometiese un desafuero. Pardiñas debió entrevistarse con sus antiguos amigos y conocidos, con sus hermanos de anarquismo.

Tal vez se celebrara por aquella época—esto ocurría ya en el mes de septiembre de 1912—alguna misteriosa reunión, en la que quizá se verificase alguno de esos sorteos humanos en que se pierde la vida cuando se

gana. Seguramente correspondería la acción a Manuel Pardiñas, o es lo más probable que voluntariamente se ofreciese a ello, considerándose, por la exaltación de sus ideas locas, como el elegido o predestinado. Lo que sí quedó más tarde comprobado es que el Comité Internacional de Anarquistas de París facilitó a Manuel setecientas cincuenta pesetas para que se internase seguidamente en España y llegase hasta Madrid.

¿Con qué objeto? ¿Cuáles eran los planes a desarrollar? ¿Qué finalidad criminal tenía aquel viaje de retorno a la Patria? ¿Quiénes habían asistido a aquella sesión en que se tomaron tales acuerdos? ¿Sobre qué cabezas se había lanzado la cruel e injusta e ilegal sentencia?

Pardiñas se instala de nuevo en Madrid.

El domingo 10 de noviembre de 1912, sobre las siete de la mañana, llamaron a la puerta de la casa número 3 de la calle de Carlos Rubio, que es la primera paralela posterior a la de Almansa, situada entre las de Tenerife y Pedro Barreda. Allí seguían viviendo Emilio Corona y su mujer, Emilia Ferrer. El marido, que se disponía para marchar al trabajo, salió a abrir y se enfrentó con su antiguo amigo Manuel Pardiñas.

—Vengo de nuevo a Madrid—le dijo—y deseo saber si podréis alojarme aquí. Sólo permaneceré unos días, pues el objeto de mi viaje no me permitirá estar más tiempo.

—Pasa, hombre. Y desde luego. Aquí tienes al amigo Pardiñas—dijo Emilio a su mujer, que apareció en aquel momento—. Pero, ¿y el equipaje?

—Como no sabía si os encontraría, lo he dejado en la estación; pero voy ahora mismo a buscarle.

Durante la comida de aquel día, y de sobremesa, Manuel contó su nueva excursión a América y sus andanzas por París y Burdeos, claro está que sin ha-



—Vengo de nuevo a Madrid—le dijo—, y deseo saber
si podrias alojarme.

cer referencia, como nunca la hizo, a sus ideas anarquistas.

—¿Qué? ¿Encontró ya usted novia?—preguntóle Emilia.

—Aquí la tienen—exclamó Pardiñas, enseñándoles el retrato de Pilar—. La conocí en Burdeos durante una temporada que estuve allí con mi hermano, y ahora reside en París, donde acabo de hacerle una visita.

—¿Y cuándo es la boda?—preguntó Emilio.

—¡Bah!—exclamó Pardiñas enigmáticamente—. ¿Quién piensa aún en eso? Ya veremos lo que pasa en estos días que he de permanecer en Madrid.

El equipaje de Manuel consistía en una maleta mediana. Después de la comida no salió de casa, y durante todo el día pasó las horas leyendo periódicos y un libro que llevaba en la maleta. Al día siguiente, por la mañana, salió a la calle, regresando a la hora del almuerzo, y, por la tarde, sobre las cinco, volvió a marcharse para retornar muy cerca de las nueve de la noche, trayendo un libro que se titulaba "Astronomía popular".

De sobremesa contó a los dueños de la casa que había estado en el Congreso de los Diputados, y que escuchó un hermoso discurso que pronunciara el Presidente del Consejo, don José Canalejas y Méndez.

—Por cierto—añadió— que me ha pasado una cosa muy graciosa. Cuando terminó el debate me salí a un pasillo, y como vi que mucha gente bajaba por una escalera, lo hice yo también, encontrándome en los pasillos. Un ujier se me acercó, ayudándome a quitarme el gabán, que lo colocó en el guardarropa y me introdujo en el salón de conferencias, donde vi de cerca a

todos aquellos señores y escuché sus conversaciones y comentarios. Cuando me he cansado de andar entre ellos, he recogido mi gabán y me he venido para casa.

Marido y mujer rieron de buena gana la ocurrencia, bien ajenos de lo que iba a ocurrir al día siguiente, y que es objeto de la segunda parte de este librito.

SEGUNDA PARTE

EL ATENTADO

VI

Varios anónimos avisadores.

El viernes de la semana anterior, como otras muchas veces, reuniéronse a cenar con el Presidente del Consejo en el Nuevo Club unos cuantos amigos. Hallábanse aquel día en torno a la mesa los señores Conde de Romanones, Presidente a la sazón del Congreso; don Eduardo Dato, jefe del partido conservador y vilmente también asesinado más tarde, y el señor Marqués de Portago.

Entre otros temas de la conversación, surgió el de los anónimos, y a este propósito, el señor Canalejas refirió cómo había recibido una carta anónima en la cual, como en otras anteriores, se le anunciaba que un grupo de anarquistas habían convenido realizar dos atentados, uno en la más alta personalidad de la nación y otro en su propia persona.

No daba el Presidente del Consejo gran importancia al aviso, y mucho menos a la amenaza, hasta el

punto de que la noticia del anónimo no fué comunicada a la Policía, ni ésta, por lo tanto, acució su celo y extremó su vigilancia como hubiera sido de desear.

Muy al contrario, el señor Canalejas siguió haciendo su despreocupada vida callejera, tomando apenas el automóvil oficial y trasladándose de un lado a otro a pie y casi sin guardas de vista, ya que les tenía ordenado que caminasen a distancia y sin acercarse a él cuando alguna otra persona lo hiciese.

¡Canalejas asesinado en plena Puerta del Sol!

El Presidente del Consejo, cuya actividad corría parejas con su formidable inteligencia, atendía personalmente a todos los departamentos de Gobierno, pero muy principalmente al de la Gobernación. Allí solía recibir, cuando no en su propia casa, situada en la calle de las Huertas, núm. 11, esquina a la del Príncipe, a los representantes de la Prensa, entre los cuales se hallaba el que esto escribe.

Aquella mañana, como tantas otras, el señor Canalejas salió de su casa, bajó por la del Príncipe hasta las Cuatro Calles, plaza que hoy lleva su nombre glorioso, siguió por la Carrera de San Jerónimo y entró en la acera de Gobernación, de la Puerta del Sol.

Lentamente, completamente solo, pues los policías encargados de la custodia de su persona, por orden expresa de él, marchaban detrás y un tanto alejados, se dirigía el Presidente al Ministerio.

Su gran afición, los libros, le atraía constantemente. Así, pues, según costumbre, hubo de detenerse ante los escaparates de la librería de San Martín, situada, como se sabe, en la Puerta del Sol, casi inmediata al

bar que ocupa en la misma casa la esquina de la calle de Carretas. Calados los lentes revisaba los ejemplares expuestos de más reciente publicación, bien ajeno a la tragedia que se avecinaba.

Siguiéndole desde que salió de su casa, detrás unas veces y adelantándosele otras, marchaba el asesino.

Al detenerse el Presidente ante los escaparates de libros, Pardiñas se adelantó unos pasos, y volviéndose sobre la marcha, se dirigió también hacia la librería, y cuando se hallaba ya a menos de un metro de distancia, sacando rápidamente del bolsillo del gabán una pistola automática que ya tenía preparada y empuñada, disparó sobre el primer Ministro, repitiendo casi seguidamente el disparo. Un individuo que allí cerca se encontraba, y que presenció horrorizado la agresión, se lanzó sobre el asesino, en tanto que uno de los policías de escolta, el señor Borrego, dió un palo en la cabeza al asesino, que salió huyendo, refugiándose entre dos coches de la parada de punto que allí mismo había. Dos guardias municipales, los números 507 y 85, llamados Ceferino del Castillo y Cayetano González, salieron a cortar la retirada. Otro individuo, don Víctor Galán Rey, conserje de la Sociedad Filantrópica de Madrid, que quiso interponerse entre el asesino y su víctima, recibió una herida de bala en un brazo.

El señor Canalejas, que según dicen los que cerca del lugar se hallaban, sólo pudo exclamar "¡Me ha matado!", cayó al suelo en posición decúbito supino, y de allí fué recogido rápidamente por unos cuantos que lo trasladaron al Ministerio de la Gobernación.

Entretanto, y pocos segundos después de cometido

el atentado, Manuel Pardiñas, que se vió acorralado y cogido, colocó el cañón de la pistola en su parietal derecho y disparó de nuevo. La bala le atravesó el cerebro de parte a parte, pero la muerte no sobrevino tan instantánea como en su ilustre víctima. Hubo tiempo para que se le condujera a la Casa de Socorro del Centro y que los médicos se aprestasen a curarle, aunque la vida se le acabó también media hora más tarde

VIII

¿Quién era el asesino?

Los primeros momentos, apenas circulada la terrible noticia, que corrió por todo Madrid como llama sobre reguero de pólvora, fueron de extraordinaria confusión. La gente se agolpó a las puertas del Ministerio, las que tuvieron que ser cerradas y custodiadas por la Guardia civil para impedir el acceso de los curiosos.

Ministros, directores generales, diputados y senadores, autoridades y periodistas, iban llegando en tropel, hondamente emocionados por la terrible y fatal noticia.

El cuerpo exánime de don José Canalejas había sido depositado sobre la mesa de serpentina que está situada en el centro del salón de espera del ministro, y cuya larga piedra, por el peso del cuerpo muerto, se resquebrajó por cierto. Los doctores que acudieron inmediatamente sólo pudieron certificar la defunción.

—El Presidente del Consejo—dijo uno de ellos con voz velada por la emoción—ha muerto instantáneamente.



*Colocó el cañón de la pistola sobre su paretal derecho,
y disparó.*

La herida, en efecto, era mortal de necesidad, pues tenía su orificio de entrada por la región mastoidea del lado derecho y la salida por la misma región del lado izquierdo, produciendo una gran hemorragia.

Ante la tristísima pero imperativa realidad, fué preciso disponerlo todo para el embalsamamiento y amortajado del cadáver. De lo primero se encargaron los doctores Bejarano y Salazar, y de lo segundo los íntimos amigos del señor Canalejas Rivas Mateos, Armuña, Sabater, Guillén Sol y Esbri. El cuerpo quedó amortajado con el uniforme de Ministro de la Corona.

El juez de guardia, que lo era el del distrito de la Latina, señor Algora, que se disponía, por ser poco más de las once de la mañana, a entregar la guardia al que le sucedía en el turno, se apresuró a instruir las primeras diligencias, personándose en la Casa de Socorro donde había sido llevado el asesino por si era posible tomarle declaración. Pero el estado de Pardiñas, verdaderamente agonizante, le impidió hablar durante los minutos que le duró la vida que a sí mismo, justicieramente, se arrancara.

La Policía se afanaba en lograr la identificación del asesino y en investigar si tenía cómplices y quiénes podía ser, para proceder a su busca y captura.

Pero ante todo era indispensable proceder a la identificación. Y nadie, absolutamente nadie de los que habían presenciado la agresión y el suicidio, podían dar luz alguna para ello.

Registradas sus ropas, que eran un traje y abrigo moderno de mezcla, color verdoso, se halló en un bolsillo una carterita, forro al parecer, por su color y tamaño, de un kilométrico, en la que había un billete de

25 pesetas, un retrato de mujer dedicado con estas palabras: "A mi inolvidable Manuel", un cuaderno con apuntes de Medicina y un manuscrito titulado "Conflagración Internacional". Ni un solo documento más que diese pista para la identificación. En los demás bolsillos fueron halladas diez y seis pesetas en plata y una con cincuenta céntimos en calderilla.

La Policía averiguó que se trataba de un anarquista fichado, y hasta dió el nombre de Manuel Pardiñas Serrato Martín, natural de El Grado. Pero de momento no pudo ser averiguado nada más, y eso porque al divulgarse las señas del asesino la Policía de Barcelona lo reconoció en un anarquista peligroso cuya llegada a Madrid, según decían, se había avisado a la Dirección General de Seguridad, advirtiéndole además que traía propósito y planes de cometer un atentado.

El juez de guardia hizo entrega de lo actuado al del distrito del Centro, que lo era el señor don Felipe Torres, y seguidamente se nombró un juez especial, nombramiento que recayó en el del distrito de la Universidad, don Manuel Moreno.

La identificación del asesino.

Como decíamos antes, Manuel Pardiñas se hallaba hospedado en casa de su amigo y compañero Emilio Corona. Aquella mañana, muy temprano, lo mismo que el día anterior, Manuel salió a la calle, diciendo que volvería. Pero llegada la hora de la comida, y como no hubiese regresado, marido y mujer sentáronse a la mesa. Pasó una hora y el huésped no llegó. Pero apenas si ambos le dieron importancia, dada la sensación que la trágica noticia del Presidente había producido en todo Madrid, constituyendo el tema único de todas las conversaciones en las casas, cafés, tertulias, corros y calles.

—¡Chica!—decíale Emilio a su esposa—. No te puedes imaginar cómo está Madrid. No se habla de otra cosa. Por la Puerta del Sol no se puede dar un paso, así como por las calles de alrededor. Yo he pasado al venir de la obra y creí que me aplastaban los curiosos. Por cierto que el Rey ha ido al Ministerio de la Gobernación a contemplar el cadáver del señor Canalejas, y dicen que ha estado rezando ante él. La gente se emocionó al verle llegar.

—¿Y dónde se habrá metido Manuel?—dijo la mujer.

—Puedes figurártelo. Por allí debe andar curioseando. Como no tiene otra cosa que hacer.

Emilio volvió al trabajo y después se marchó a su casa. Pocos pasos antes de llegar, oyó vocear un periódico de la noche y lo compró para enterarse de los detalles del atentado.

Una vez en la casa, y enterado de que su huésped no había regresado aún, le dijo a su esposa:

—Aquí traigo un periódico para que nos entretengamos luego leyéndolo. Ahora sírveme ante todo la cena. Y cuando venga Manuel que coma él solo.

Emilia puso la mesa, colocó los platos, trajo la vianda, y cuando se disponía a servir a su marido a poco se le cae la fuente de la mano:

—¡Mira! ¡Mira, Emilia de mi alma! ¿Sabes quién ha asesinado al Presidente del Consejo?

—¿Quién?

—Pues Manuel. ¡Mirale! ¡Mirale! ¡Aquí viene su retrato en el Depósito de cadáveres!

—¡Jesús!—exclamó en un grito de horror la pobre mujer.

Se hizo un silencio. La misma ola de miedo a una responsabilidad que les aterraba, envolvió su pensamiento. Se veían perseguidos por la Justicia y encarcelados, y en tanto que pudieran demostrar su absoluta inocencia, ¡qué de penas y sinsabores ahogarían su felicidad!

—¡Nos hemos lucido con el amigo!—dijo al cabo el marido.

—¡Dios mío!—repuso sollozante Emilia—. ¿Qué va a ser de nosotros?

A cada momento miraban recelosos a la puerta, creyendo iban a ordenar su apertura en nombre de la Ley.

—Mira, Emilio: Yo creo que debemos apresurarnos a ir al juez y decirle la verdad... Toda la verdad.

—Eso mismo estaba yo pensando, porque, después de todo, yo nada sabía de lo que pensaba hacer ese loco, ni siquiera me dió lugar ni ocasión para que sospechásemos que era anarquista.

—Sí, sí. Ahora mismo vamos.

—¿Tú también?

—Sí, hombre. Los dos. De todas suertes, me daría mucho miedo quedarme sola en la casa.

Marido y mujer se vistieron lo más rápidamente posible, y marcharon al Juzgado de guardia, donde se hallaba constituido el juez especial.

—Queremos hablar con el juez especial inmediatamente—dijo Emilio al alguacil.

—Es muy urgente y muy importante lo que tenemos que decirle—añadió la mujer.

Minutos después el señor Moreno recibía a los declarantes, que le exponían todo cuanto sabían del asesino y suicida, tal y como lo hemos relatado nosotros en los capítulos anteriores.

La identificación quedó hecha. El telégrafo oficial funcionó pidiendo datos complementarios y antecedentes, y al día siguiente, recibidas las respuestas, tuvo exacta referencia de quién era Manuel Pardiñas Serrato, de su filiación e historial anarquista, y de sus andanzas por todo el mundo. Lo que no se supo, ni se

sabrá jamás, fué el nombre de sus instigadores, de aquéllos que inflamaron su cerebro enfermo, sembrando en las cenizas de su inteligencia la semilla del crimen social y político, que había de fructificar en la tragedia cruel e inicua del día 12 de noviembre de 1912. Y eso que alguien le oyó decir en Burdeos que tenía que vengar la muerte de Ferrer.

EPILOGO

Trasladado el cadáver del señor Canalejas al Congreso de los Diputados y depositado en el lado izquierdo central del Salón de Conferencias, desfiló durante la tarde y la noche, ante él, todo Madrid.

Al día siguiente verificóse el entierro, que presidió personalmente S. M. el Rey, dando con ello una prueba más de la grandeza de su espíritu valeroso y justiciero, honrando así a aquel hombre ilustre, sostén firmísimo de la Monarquía y de la Patria, de quien, en su oración fúnebre, decía aquella tarde en la sesión del Senado su Presidente, señor Marqués de Alhucemas:

"El gran Canalejas, señores senadores, ha muerto cuando iba a pie y cuando estaba mirando las últimas producciones de la librería de San Martín. Bien podemos decir que Canalejas ha muerto mirando lo que eran sus dos amores: el pueblo y los libros."

FIN



Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.